

## **D. EUGENIO MERINO, ¡SANTO YA!**

**Antonio Trobajo Díaz** (La Nueva Crónica, 19-II-2017)

Acaba de ver la luz un folleto, editado por la Hermandad Obrera de Acción Católica, con presentación de Gaudencio Domínguez, consiliario en León de este Movimiento, que recoge unas reflexiones de D. Eugenio Merino, sacerdote diocesano de León, primer consiliario nacional de la HOAC y con cargos importantes en los Seminarios de entonces. Falleció en 1953 en olor de santidad. Y no exagero.

Nació en 1881 en Villalán de Campos, provincia de Valladolid y diócesis de León entonces, en una familia de “pobres labradores” (dirá él), acunado por la limpia fe de su madre y por las inquietudes sociales de su padre, que participaba de la conciencia de postración que sufrían los humildes en Tierra de Campos. Estudió en Valderas y en 1905 fue ordenado sacerdote. El citado ambiente familiar marcó su vida: una honda experiencia mística de fe y una convencida preocupación por la cuestión social. Enseñó diversas materias y hasta dirigió algunas excavaciones arqueológicas, pero su gran amor desde joven fue la problemática social iluminada por la fe. Se enriqueció con estudios y viajes por Europa, especialmente los contactos con quien sería cardenal Cardijn, en Bélgica, fundador de la JOC, y se convirtió en un propagandista animoso del catolicismo social de entonces. Esto movió a la Jerarquía, en 1950, a llevárselo a Madrid para que acompañara los primeros pasos de la HOAC. Las limitaciones que le impone su ceguera progresiva serán una añadida causa providencial que le facilitará profundizar en una espiritualidad que habrá de dejar cuño indeleble en cuantos lo conocieron. Su aportación esencial fue recordar a los miembros de la HOAC que no debían tener ningún complejo por su fe, pues la Gracia que recibían en el Bautismo desarrollaba en ellos todos los ideales representados en la militancia obrera. La vida cristiana (oración, liturgia, compromiso, pertenencia eclesial...) era la mejor garantía de fidelidad a las luchas de su clase y de encarnación auténtica en los pobres, antes y más allá que cualquier ideología. La expresión de este espíritu quedó concentrada en las frases que habrán de ser santo y seña de los hoacistas: “24 horas de vida honrada en gracia de Dios...” y “¡Hasta mañana en el altar!”. Quienes conocieron a D. Eugenio son unánimes en decir que fue un santo, un místico, de arriba abajo. Queda escrito en otro lugar: “Se puede decir, sin atisbos ni de exageración ni de amargura, que, si Don Eugenio hubiera pertenecido a algún otro sector de la Iglesia, hoy ya estaría en los altares”.